

## POR TIERRAS BUREBANAS

### VILEÑA

Vileña es una villa burebana de señalado interés artístico, festoneada por el antiguo río **Vésica**, donde se incubaba el oscuro crustáceo fluvial, de tentáculos atenzadores e hirientes.

De abolengo artesano, en otros tiempos se afanaban los vileñenses en tejer las famosas esteras que en los estrados y pasillos de las palacios judiciales preservaban del frío a magistrados y leguleyos. También en los corredores y piezas de las casas particulares, se esteraba el ladrillo helador con estas alfombras de pisar blando y caliente, cuando el frío invernal arreciaba acuchillador.

La materia prima casi única que empleaban en este menester era la paja de cereal, brillante y dorada, enramada y entretejida por las ásperas manos artesanas, de las que a diario salían interminables trenzas áureas y rutilantes como las de Blanca Nieves...

\* \* \*

Al refugiarse en Castilla, protegida por Alfonso VIII, doña Urraca López, viuda reina leonesa de los tristes designios, eligió Vileña para decantar su alma con la penitencia, el rezo y la meditación.

El claustro monacal con las bóvedas tachonadas de lobos y leones heráldicos, habría de ser la cárcel voluntaria donde expiar una vida de amores delirantes, que su belleza arrogante y fogosa inspiró al rey leonés, quien viudo en segundas nupcias, acabó haciéndola su tercera esposa.

Las maestras de novicias cistercienses que tuvieron por discípulas a las más encumbradas mozuelas de los recios solares castellanos, fueron las mentoras de la reina viuda, cuando apartada y perseguida por su entonado Alfonso, se determinó a fundar el cenobio vileñense, guareciéndose en él cual lo hiciera la más humilde y sencilla de las profesas.

Ya en el claustro, el recuerdo de su marido Fernando, rey poeta y gentil, con el que vivió horas de extremada pasión, era como un velo de tristeza que iba empañando poco a poco el brillo de sus ojos fascinadores. ¡Cuántas veces los posaba abs-traída en el tejaro del convento para contemplar añorante, cómo hacían sus nidos y piaban sus nupcias una diminuta población de avecillas campestres!

Consolaba estas nostalgias la brisa acariciante que venía de fuera impregnada de olor a cereal, mientras con ella subía hasta el cielo en impalpable ofrenda, mística plegaria.

\* \* \*

Don Lope Díaz de Haro, noveno señor de Vizcaya, era el padre de la reina doña Urraca, nombre éste que en la Edad Media solían llevar únicamente las ricas hembras dotadas de extraordinaria belleza.

De dos hijos que tuvo esta reina le quedaba ya uno sólo, llamado don Sancho Fernández, mozo apasionado por el elegante deporte de la cetrería y aguerrido cultivador de la cinegética en todas sus formas.

Como ducho halconero, conocía las varias especies de halcones y sabía escogerlos, eligiendo y educando el halcón maestro, seño y obediente, ágil y poderoso, que **caballero cubierto** esperaba encaperuzado el decisivo instante de abatir la presa. Patas verdes, cabeza grande, ancha y plana, sobre-cejas salientes, ojos pequeños tristes y **adormidos**, pico luengo y gordo, todos de muy altos precios.

Es curioso notar en una sala contigua a la iglesia del monasterio cómo en la ornamentación mudéjar de la techumbre, se ven entre otras figuras unos caballeros con un halcón en la mano; y en un precioso sello céreo de color de rosa pendiente de un pergamino miniado con primor, aparece reproducida la figura aristocrática de la reina doña Urraca, de pie, vestida con traje ceñido al cuerpo y mangas ajustadas a la muñeca, sosteniendo también en su mano derecha un halcón.

Una noticia ruda y amarga vino, inesperada, a destrozarse el corazón herido de doña Urraca. Aquel mozo aguerrido,

«de gran braveza que ha», aquel hijo último, que quedaba de su linaje con el de León; el intrépido joven Sancho Fernández fue muerto en una cacería, despedazado por un oso en el monte de Obarenes.

\* \* \*

Un día del año 1226 el esquilon del cenobio diluyó en el aire desde la espadaña, las notas de su canto funerario. Se celebraban en el monasterio de Vileña con grave y austera solemnidad, las exequias por la reina viuda. Concurrían al severo acto, obispos, abades, acólitos, monjas y novicias.

Transcurrido algún tiempo, el cuerpo embalsamado de doña Urraca es depositado en el interior de un monumento funerario, todo él de piedra tallada, en el que se ven representadas las escenas del sepelio. La estatua yacente de doña Urraca, rostro ovalado y sereno, revela la hermosura de la reina viuda, leyéndose a los pies esta inscripción de caracteres góticos: «doña huRaca hyja del conde don lope diAz mujer del Rey don fernando de León».

Vileña, desde entonces, tuvo rango de panteón real.

\* \* \*

Si las piedras venerables de este cenobio han servido durante siglos de cobijo a singulares e interesantísimas obras del arte medieval, no sucedió lo mismo con las virtuosas moradoras del monasterio, que un día del año 1376 vieron horrorizadas cómo era interrumpida brusca y bárbaramente su vida de contemplación, por las desperdigadas huestes mercenarias de las **Compañías Blancas** (las brigadas internacionales de entonces), derrotadas en la batalla de Nájera, quienes saltando las tapias de la huerta monacal, entraron a saco, penetrando en la sagrada clausura para profanar con su baba grosera la Divinidad.

Men Rodríguez de Sanabria, gobernador del Alcázar y la plaza fuerte de Briviesca, dio ejemplar castigo a los sacrílegos asaltantes.

\* \* \*

Apartadas del bullicio, envueltas en una atmósfera mística, han vivido en este convento enjambres de religiosas ajenas al

tiempo, sometidas a penitencia perpetua y entregadas al diálogo con Dios, imponiéndose afanosas duros trabajos para ganarse en el silencio del claustro el parco sustento cotidiano.

En la nómina monacal de abadesas, consta una reina, varias nobles de los Rojas y los Mendoza, entre las que figura doña Elvira de Rojas Bonifaz, nieta del almirante de Castilla, quien a pesar de su sorprendente rango y hermosura, renunció al amor mundano y prefirió desposarse con el Señor.

\* \* \*

Y otra vez la fervorosa paz del cenobio se vio perturbada, no por los hombres, sino por los elementos, las llamas de un pavoroso incendio lamieron avaras y voraces la vetusta fábrica del recinto monacal, prendiendo en él y reduciéndolo casi a cenizas. Pero vino el milagro, salvando del siniestro lo que durante siglos guardaban celosas las monjas, en un pequeño e interesantísimo museo de inigualable valor.

La comunidad plena de angustia ha tenido que abandonar su casa en el más triste de los éxodos, desahuciadas por el siniestro devastador.

El Señor no las abandonará.

**Enrique GALVEZ-CAÑERO Y GONZALEZ**